

PRÓLOGO

LA MEMORIA DE LA GUERRA Y LA GUERRA DE LA MEMORIA

A Carmen Penón

Hace ya 70 años del fin de la Guerra Civil española y todavía no hemos conseguido librarnos de sus fantasmas. A pesar de la tan encomiada transición española y de nuestro consolidado sistema democrático, los españoles seguimos divididos en lo relativo a nuestra visión de aquella fatídica guerra y de su secuela franquista, una larguísima dictadura que pesa sobre nuestras espaldas tanto como si soportáramos sobre ellas la losa que cierra el sepulcro del dictador en el Valle de los Caídos. El silencio en el que se enterró toda aquella época tras la muerte de Franco se justificó en aras de la reconciliación y de la viabilidad de la senda democrática, pero nunca el silencio ha arreglado nada, quizás el olvido, pero cómo se olvida si no hay satisfacción de agravios, si no hay peticiones de perdón, si no hay reconocimientos de las injusticias, si no hay reparación moral, si no hay siquiera un acuerdo generalizado sobre lo que estuvo mal y no debe ser aceptable para una conciencia democrática. En los últimos tiempos, desde posiciones de la izquierda política y de su mayoría en el Congreso se ha querido tomar el toro por los cuernos promoviendo una Ley de la Memoria Histórica¹, una iniciativa política que –por falta de unanimidad parlamentaria– no tiene traza alguna de resultar definitiva para cerrar la herida.

Sin duda, se puede aducir que es muy compleja toda esta cuestión. En primer lugar porque “memoria histórica” es un concepto de difícil definición (y de ahí que no haya claridad en su uso) y, en segundo lugar, porque el debate sobre ella está muy ideologizado y politizado.

El añorado Juan José Carreras² avisaba a menudo del uso abusivo del término “memoria” en detrimento del de “historia”, al que aquella había “canibalizado”. Explicaba el maestro de histo-

1
Ley de la Memoria Histórica 52/2007, de 26 de diciembre, por la que se reconocen y amplían derechos y se establecen medidas en favor de quienes padecieron persecución o violencia durante la guerra civil y la dictadura. Contó en el Congreso con el apoyo de todos los grupos, excepto del PP y ERC.

2
Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Zaragoza, fallecido en diciembre de 2006, gran estudioso de la historiografía, en especial de la alemana.

riadores en una famosa conferencia³ que en un principio “la historia es recuerdo conservado en la memoria”, la representación de lo sucedido visto por los ojos del historiador o por los de los demás, pero que –entrado el siglo XIX– el alemán Gustavo Droyser identificaba ya la historia como un momento de reflexión ajeno al recuerdo “cuando se superan las representaciones heredadas y legadas a través de representaciones familiares, locales o nacionales (una especie de memoria colectiva) que nos poseían y nos dominaban”. Desde Droyser “el punto de partida ya no será el recuerdo, sino la pregunta y la búsqueda desde la pregunta” y el objetivo no será la memoria, sino el conocimiento, el comprender investigando.

Para Pierre Nora⁴ es clave no confundir memoria con historia, son dos registros diferentes. La primera “es, por naturaleza, afectiva, emotiva, abierta a todas las transformaciones, inconsciente de sus sucesivas transformaciones, vulnerable a toda manipulación”. Cuántas veces en los ejercicios de historia oral se encuentra el investigador con que el protagonista de los hechos cree haberlo sido más de lo que en realidad lo fue y que su recuerdo ha sido transformado sin darse cuenta con otras memorias dialogadas, con lecturas o con acomodaciones personales. La historia “es una construcción siempre problemática e incompleta de todo aquello que ha dejado de existir pero que deja rastros”. La historia reúne, reconstruye e integra esos hechos en un conjunto explicativo. “La memoria depende en gran parte de lo mágico y sólo acepta las informaciones que le conviene. La historia, por el contrario, es una operación puramente intelectual, laica que exige un análisis y un discurso crítico. La historia permanece, la memoria va demasiado rápido. La historia reúne, la memoria divide”.

Por su parte, Pierre Vidal-Naquet recuerda que “cada uno posee una memoria, y es precisamente por la memoria por lo que uno es un individuo”⁵. Ésa es la memoria individual, dueña de un

3

Carreras Ares, Juan José. “¿Por qué hablamos de memoria cuando queremos decir historia?”, en *Las escalas del pasado: IV Congreso de Historia Local de Aragón (Barbastro, 2003)*, coord. Alberto Sabio Alcutén y Carlos Forcadell Álvarez. Huesca, IEA-UNED, 2005, pp. 15 a 24.

4

En declaraciones al diario *La Nación* de Buenos Aires, 15 de marzo de 2006. Pierre Nora, representante de la llamada “nueva historia”, fue el director de la monumental obra colectiva *Les lieux de mémoire* (3 tomos, Paris, Gallimard, 1974-1987).

5

Vidal-Naquet, Pierre. “Memoria e historia”, *La Recherche*, julio-agosto, 1994.

pasado propio, aunque también exista en la de otros. La memoria individual es selectiva y subjetiva por definición: se retiene aquello que tiene algún interés para el que recuerda, para sus intereses o para su manera de ver las cosas. Ahora bien, ¿existe la memoria colectiva? Desde luego no parece fácil defender la existencia de una memoria colectiva única, en todo caso habría que hablar de varias, la de los vencedores y la de los vencidos, la de los ortodoxos y la de los heterodoxos, la campesina y la urbana, la clerical y la anticlerical... La sociedad y los gobiernos, no obstante, sí que han dado muestras de querer gestionar la memoria individual⁶ mediante un conjunto de ideas, valores, símbolos y signos transmitidos a la ciudadanía a través de la enseñanza, la literatura o la imagen. Los propios nombres de las calles, las placas conmemorativas, los monumentos a las grandes figuras o a los mártires de la patria, las banderas, los himnos y las historias nacionalistas o partidistas no son sino piezas del puzzle que trata de componer una memoria colectiva y, por ende, una única identidad nacional. Este año que ha pasado, el 2008, nos puede servir de ejemplo para analizar un proceso de construcción de memoria colectiva. La conmemoración del segundo centenario de la Guerra de la Independencia española y de los Sitios de Zaragoza nos ha permitido en alguna medida vislumbrar lo que ha sido la memoria colectiva sobre aquellos hechos históricos. A todo lo largo del siglo XIX y buena parte del XX la visión de aquella contienda, con la fijación de sus hechos, valores y personajes heroicos sirvió –junto a otros pasajes de la historia debidamente seleccionados– para forjar una identidad, la española, que hasta ese momento no había hecho apenas aparición. La revolución burguesa y liberal requería una identificación del pueblo español con un proyecto de estado-nación⁷ que había que levantar y que tenía como punto de partida la guerra contra el francés y la Constitución de Cádiz. Curiosamente, en ese esfuerzo nacionalista coincidieron con las fuerzas contrarrevolucionarias, las del carlismo antiliberal. Otra memoria, no obstante, que tenía con la de los liberales el denominador común de la resistencia al invasor, pero que hacía hincapié en la defensa de valores tradicionales y en la lucha por la religión. El monumento erigido en la Plaza de España de Zaragoza reúne los dos componentes que parecen cimentar la simbiosis: el *Monumento a los mártires de la Patria y de la Religión*. La historia se ha encargado de desmontar esta simplista visión, que tiene

6

Ibidem.

7

Véase sobre esta cuestión Pérez Garzón, Juan Sisinio y otros. *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder*. Barcelona, Crítica, 2000.

parte de certeza pero que no es completa, porque no explica todo. José Álvarez Junco ha dejado bien de manifiesto la complejidad de esa guerra de 1808-1814, cuya denominación como de independencia o de liberación chirría más de la cuenta: fue una guerra civil, a la vez que una guerra internacional y una guerra en la que se mezclaban la protesta popular de subsistencia, reacciones xenófobas antifrancesas, posiciones clericales y planteamientos antirrevolucionarios...⁸ y, desde luego, fue cualquier cosa menos una demostración de unanimidad en el bando de los llamados “patriotas” o españoles. Como consecuencia de esta construcción ideológica (y como suele suceder en las memorias de los vencedores) hubo grandes perjudicados, los llamados “afrancesados”, condenados al mayor de los ostracismos por “antiespañoles”. Lo mismo que les pasó, por ejemplo, a los moriscos, otros de los grandes perdedores de la memoria colectiva de los españoles. Los historiadores, afortunadamente, han ido poniendo coto a estas injusticias mediante la investigación y la interpretación objetiva de estos fenómenos y sus hechos en su marco histórico explicativo.

La posmodernidad trajo consigo el predominio de la memoria sobre la historia, cosa que ya hace veinte años observó Le Goff advirtiendo contra «las tendencias recientes que parecen casi identificar la historia con la memoria, e incluso en cierta manera preferir la segunda, que sería más auténtica, más “verdadera” que la historia, que sería artificial y consistiría sobre todo, en una manipulación de la memoria»⁹. Desde luego, es fácilmente comprobable cuánto más cerca están emocionalmente de las personas los relatos de la memoria que los históricos¹⁰.

8

Álvarez Junco, José. “La invención de la Guerra de Independencia”, *Claves de la Razón Práctica*, n.º 67, 1993.

9

Carreras, Juan José. Ob. cit.

10

“Los relatos comunitarios, los relatos que uno oyó en las diversas comunidades en que se ha visto envuelto (familia, escuela, universidad, entorno laboral, medios de comunicación), relatos que por su misma naturaleza no pueden ser históricamente rigurosos, tienen mucho más impacto en el presente que el conocimiento histórico más exacto. Lo que puede resultar sorprendente, pero no lo debería ser, es cuán a menudo la investigación histórica es poco más que una forma voluntarista de corroborar el valor y la verdad de esos relatos comunitarios, incluso en los casos en los que los investigadores aseguran proceder con el método más científico por usar un término muy favorecido por los historiadores españoles. La carga afectiva de esos relatos comunitarios, su impacto en nuestro modo de pensar y sentir el pasado es tan fuerte que resulta muy difícil separar conocimiento, ideología y afecto en nuestra manera de relacionarnos con ese pasado”. (Loureiro, Ángel G. “Argumentos patéticos. Historia y memoria de la guerra civil”, *Claves de Razón Práctica*, n.º 186, 2008.

El filósofo Gustavo Bueno hace una distinción entre la *memoria individual* y la *personal*. La primera “tiene como materiales propios los recuerdos de la vida privada, familiar o biológica; la vida que está fuera de la historia; la vida que estudia el psicólogo”.

La *memoria personal*, en cambio, “es la que tiene como material a los recuerdos de la vida propia pero en relación con la vida pública (política, científica, artística, profesional). La personal implica siempre a un grupo de personas, necesariamente dadas en sucesión histórica. Dicho de otro modo, la memoria personal tiene siempre que ver con la historia. La memoria personal es, pues, la memoria histórica, el recuerdo del mundo histórico que a cada cual, o a su grupo, le ha tocado vivir”. El peligro, según Bueno, consiste en pretender que esta memoria personal se convierta en una memoria universal con carácter objetivo. Este tipo de memoria es siempre selectivo, como ya decíamos antes, pero es interesante para la historia porque constituye un material más para la interpretación del pasado¹¹. Es válido y conveniente, pues, manejar las memorias históricas, entendiendo siempre que son partidistas y reivindicativas, algo absolutamente aceptable siempre que no se pretenda convertirlas en memoria común o se hable de “recuperación de la memoria histórica”, concepto que presupone la existencia de una memoria común olvidada, cuando ésta nunca ha existido¹².

Es en este punto donde podemos recobrar las iniciales palabras de este texto en el que se expone el debate actual sobre la memoria de nuestra Guerra Civil. Hay que volver a insistir en que no existe una sola memoria, sino muchas: las de los vencedores y las de los vencidos en primer lugar, pero también entre ellos las de los republicanos, las de los revolucionarios, las de los militares, las de los fascistas, las de la Iglesia, las de los combatientes, las de la retaguardia... De esto se debería ser bien consciente, por lo que el intento de crear una memoria común exclusiva de uso ciudadano no puede resultar más que una falsedad. Otra cosa es plantearse el desvelamiento de memorias olvidadas u ocultadas por una simple cuestión de dignidad y de

11

“La Historia no es sencillamente un recuerdo del pasado. La Historia es una interpretación o reconstrucción de las *reliquias* (que permanecen en el presente) y una ordenación de estas reliquias. Por tanto la Historia es obra del entendimiento y no de la memoria”. (Bueno, Gustavo. *Sobre el concepto de “memoria histórica común”, intervención en la presentación del libro De Bilbao a Oviedo pasando por el penal de Burgos* de José María Laso en el Ayuntamiento de Oviedo, 20 diciembre de 2002).

12

Bueno, Gustavo. *Ibidem*.

justicia para todos aquellos que han padecido marginación, humillación o escarnio, para aquellos que han portado el estigma de la derrota o que no han podido vivir honorablemente la vida familiar o social con el recuerdo orgulloso de lo que perdieron o, simplemente, para aquellos que cumplieron un papel relevante en la historia y no se les reconoce¹³. “Por tanto, las reivindicaciones de las memorias personales (llamémoslas históricas o colectivas), contra todo tipo de amnesia y de amnistía, no deben hacerse en nombre de la memoria histórica común, sino en nombre de planes y programas políticos o científicos [...] La memoria histórica sólo puede aproximarse a la imparcialidad cuando deja de ser memoria y se convierte simplemente en historia”¹⁴.

Julián Casanova¹⁵, en su reciente conferencia sobre *40 años de Dictadura*, en las Jornadas sobre el Franquismo celebradas en Alcañiz el pasado 28 de marzo, se lamentaba de la extraordinaria acritud con que está transcurriendo el debate sobre “la memoria histórica”, en el que no hay manera de ponerse de acuerdo en nada con un enfrentamiento partidista tal que la Ley de la Memoria Histórica va a quedar sin duda en papel mojado por falta de aplicación, y con algún sector, como el de la Iglesia Católica, que no ha dado ni un solo paso para la reconciliación empeñada en reivindicar exclusivamente a sus mártires sin mención alguna a su papel de verdugo. Es imposible cerrar este capítulo de nuestra historia en estas condiciones, confrontando memorias unas con otras o negándonos a revisar el pasado. Hablaba Casanova de que uno de los ejes explicativos de la perduración del franquismo fue el reconocimiento y la sumisión social que tuvo el régimen, bien por agradecimiento, bien por supervivencia. El caso es que encontró un respaldo social amplísimo por parte de una población sumida en el miedo con el

13

«Hay un pasado que fue y sigue siendo, y otro que fue y “es sido”, es decir, ya no es. La memoria tiene que ver con el pasado ausente, el de los vencidos. [...] Lo propio, por tanto, de la mirada de la memoria es, en primer lugar, la atención al pasado ausente del presente y, en segundo, considerar esos fracasos o víctimas no como datos naturales que están ahí como están los ríos o las montañas, sino como una injusticia, como una frustración violenta de su proyecto de vida». (Mate, Reyes. “Memoria e historia: dos lecturas del pasado”, *Letras libres*, febrero 2006.

14

Bueno, Gustavo. Ob. cit.

15

Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Zaragoza, autor de numerosos libros y artículos de opinión en prensa periódica sobre los temas aquí tratados. En este sentido es muy recomendable la lectura de Casanova, Julián. “Pasado y presente de la guerra civil española”, *Historia social* n.º 60. Valencia, Fundación IHS-UNED, 2008, pp. 113 a 127.

recuerdo de la guerra siempre omnipresente. Una memoria partidista de la guerra, compulsivamente publicitada por los aparatos de propaganda y de educación (una misma cosa), que fue interiorizada por una población ignorante e indefensa que asumiría también sin la menor suspicacia la imagen de Franco como benefactor, responsable del llamado “milagro” del desarrollismo español de los sesenta. A su muerte, la población aceptó con buen ánimo la democracia y dejó con sus votos en la cuneta a los franquistas más conspicuos, pero no rectificó en una buena mayoría su visión ni de la guerra ni mucho menos la del franquismo; es más, resulta muy elocuente el éxito editorial de algunos publicistas que han vuelto en las dos últimas décadas a ofrecer la visión historiográfica franquista de aquellos hechos. En todo caso, muy comúnmente, se prefiere mantener en esta cuestión el apoliticismo amamantado durante el franquismo (“lo pasado, pasado está”, “algo bueno haría Franco”, “la culpa, la po-lítica”...) que prefiere el olvido a la asunción de la realidad histórica como aglutinante social¹⁶.

El caso de España no tiene comparación entre las dictaduras modernas. Ninguna de ellas ha salido tan incólume como la de Franco, sobre la que no ha habido investigación de responsabilidades, como tampoco siquiera condena del golpe de Estado contra la democracia ni de la dictadura resultante, que es la negación de la democracia. ¿Por qué no pudo haber un acuerdo parlamentario en esto? No se trata sólo de satisfacer moralmente a los antiguos combatientes por la democracia española, sino que es también una cuestión de coherencia y salubridad democráticas¹⁷. De cualquier forma, como dice Casanova, el acuerdo político y social debe asentarse no sobre las memorias personales (históricas o colectivas, como se las quiera denomi-

16

“... un pasado será bien recordado si se concreta en un valor, en un patrimonio, que nos saca a nosotros, sus herederos, de penas. Ése es un pasado apreciado, por eso sería de mal gusto que alguien saque de la tumba a esos perdedores que no legaron nada porque a ellos mismos se les despojó de todo, es de mal gusto despertarlos de su tumba porque se van a poner a quejarse de las injusticias o a reñirnos porque les hemos abandonado. Eso explica que nos guste recordar lo que nos ha hecho felices. Todo el mundo prefiere recordar las divertidas canciones de Lili Marleen y olvidar las ruinas humeantes de Berlín. A nadie le gusta que le riñan, claro, y menos que le pidan cuentas por injusticias que él no cometió. Contra esa querencia tan natural de por sí, levanta su voz la memoria”. (Mate, Reyes. Ob. cit.)

17

«Esa atención a lo fracasado, a lo desechado por la lógica de la historia es profundamente inquietante y subversiva, tanto desde el punto de vista epistémico como político, porque cuestiona la autoridad de lo fáctico. [...] [Walter] Benjamin dice algo enorme. Dice que “para los oprimidos su historia es un permanente estado de excepción”. Es algo enorme porque está reconociendo que la democracia de los Estados democráticos es sólo para algunos». (Mate, Reyes. Ob. cit.)

nar) sino sobre la investigación histórica, sobre los archivos y bibliotecas, sobre la historia en suma¹⁸.

Parece conveniente reproducir como final, para terminar toda esta reflexión, las palabras siguientes de Reyes Mate y de Juan José Carreras, respectivamente.

“Para poder hablar de una cultura de la memoria hay que empezar preguntándonos si la memoria es una forma específica de apropiación del pasado, distinta, por tanto, de la que lleva a cabo la historia. Es decir, ¿existe una diferencia específica entre historia y memoria en la lectura con el pasado? Para responder debidamente habría que tener en cuenta dos formas de olvido radicalmente diferentes. No es lo mismo el olvido en el sentido de desconocimiento del pasado, que olvido en el sentido de no dar importancia al pasado. En el primer caso el olvido es ignorancia y, en el segundo, injusticia. Dado que lo propio de la historia es conocer el pasado, y que lo que preocupa a la memoria es la actualidad del pretérito, bien podemos plantear ya la hipótesis de si historia y memoria no serán dos continentes distintos”¹⁹.

“Como todas las cosas, la memoria puede ser buena o mala, memoria justa o injusta memoria, pero tratándose de historia estos adjetivos, como otros muchos, no se refieren a la historia misma, sino a sus usos sociales. Como proceso cognitivo que es, a la historia como tal le son ajenas cosas como cuánto debemos recordar como deber y cuánto podemos olvidar como derecho; estas cuestiones no pueden ser respondidas desde dentro de la disciplina, competen a los usos sociales o políticos de la Historia. La historia tampoco garantiza llenar los huecos de la memoria, continuamente cuestiona los recuerdos todavía intactos”

18

Las palabras del artículo de Juan José Sebreli publicado en el diario *Perfil* (19 de marzo de 2006) sobre la dictadura argentina son comparativamente elocuentes para reflexionar sobre la realidad española: “Los años de plomo, tres décadas después, siguen estando presentes, demonizados o santificados, ya sea para manipularlos políticamente o para trivializarlos en pseudohistorias televisivas, o para avivar la memoria –inevitadamente emocional y rencorosa– de víctimas o victimarios, la memoria individual o de grupo es lícita en cuanto expresión de sufrimientos vividos, pero deja de serlo en cuanto pretende erigirse en único referente de la verdad. La historia debe desprenderse de la política inmediata y de la memoria –una de sus fuentes, pero sólo una–, hacer la crítica de la ideologización, del recuerdo selectivo y del mito, mediante una comprensión desapasionada, que no es lo mismo que justificación. Sólo de ese modo habremos aprendido una lección, los años setenta entraran definitivamente en el pasado, y podremos construir mirando al futuro una sociedad democrática”.

19

Mate, Reyes. Ob. Cit.

tos e intenta conocer lo que ignora, de modo que, al cabo, ninguna memoria puede reconocerse en el pasado construido por la investigación histórica. [...] En fin, no es un pecado mortal hablar de memoria cuando queremos decir historia; lo importante es que al final se escriban buenas historias”²⁰.

EL NÚMERO OCHO

En 2008 se cumplieron cien años del nacimiento de Pablo Serrano. No fue precisamente un aniversario con mucho eco en Aragón. La Expo y también un poco el bicentenario de los Sitios lo relegaron casi al olvido. En nuestra comarca, sin embargo, que es la suya porque nació en Crivillén, sí que quisimos dejar constancia de nuestro reconocimiento al insigne escultor. Al final de este número ocho de la *Revista de Andorra* se podrán consultar los actos que se celebraron en su honor del 18 al 22 de diciembre pasado en Andorra. El Centro de estudios Locales (CELAN) participó de lleno en su organización y desarrollo, pero –al igual que en otras ocasiones con jornadas culturales de este tipo– se reservó la publicación de un dossier en torno a la figura y obra del escultor como colofón del homenaje. El **Dossier**, que se halla en las primeras páginas de esta revista, contiene algunos estudios monográficos y una serie de textos a manera de visión personal u homenaje. Los estudios corresponden a M.^a Carmen Rodríguez Berbel, especialista en Pablo Serrano que prepara actualmente su tesis doctoral sobre su obra y que tan grato recuerdo nos dejó en su participación durante las jornadas; a Belén Bueno Petisme, con un novedoso trabajo sobre la poco conocida obra gráfica de Serrano; y a Elvira García Arnal, profesora del IES Pablo Serrano y que tan generosamente colabora con el CELAN, sobre los monumentos públicos del escultor en el territorio aragonés. Los textos personales pertenecen a Jesús Gómez Planas, también profesor del IES y no menos activo en sus colaboraciones, y a los amigos de Pablo Serrano Eloy Fernández Clemente y Emilio Gastón; a los que hay que añadir otro texto de Antón Castro, quien nos brindó una magnífica conducción de la mesa entre amigos de las jornadas del homenaje, y unas «galeradas», que se publicaron en su día en *Andalán*, así como dos textos de la mano del propio escultor.

En la sección de **Estudios** comenzamos con uno de esos artículos que justifican la primera parte de este prólogo. Juan Manuel Calvo Gascón, profesor de Historia en Tarrasa y presidente de la Amical de Mauthausen, descubre para la memoria histórica de esta comarca las vicisitudes de los 14 deportados a los campos de concentración nazis originarios de seis localidades de la comarca. Un episodio que, como tantos otros relativos a los perdedores en la guerra civil, se ha mantenido prácticamente desconocido hasta ahora.

Nuestra infatigable Josefina Lerma Loscos ha rastreado la figura de Vicente Rais, político republicano bajoaragonés, que llegó a ser Diputado a Cortes en tiempos de Amadeo I de Saboya, presentándonos cuatro de sus artículos aparecidos en la prensa de la época en los que hablaba de la democracia, del necesario ferrocarril Teruel-Bajo Aragón, de agricultura, repoblación forestal y de minas en nuestra provincia.

Antonio Pizarro Losilla, nuestro especialista en minería, prosigue su laboriosa tarea en pro del conocimiento y divulgación de las actividades y patrimonio de este sector económico tan crucial para nuestra comarca, una de las obligadas líneas investigadoras del CELAN. En esta ocasión escribe sobre la importancia militar de los proyectos de la Empresa Nacional Calvo Sotelo en Aragón, precisamente los causantes de su presencia en nuestra comarca y, por tanto, el origen de su sorprendente crecimiento económico y demográfico.

Otra de las conmemoraciones de este pasado año fue el centenario de la Exposición Hispano-Francesa de 1908 en Zaragoza, realizada a su vez a los cien años del comienzo de los Sitios en la Guerra de Independencia. Sobre su materialización, su celebración y su carácter nos habla Cristina Alquézar Villarroya en un artículo resultado de un trabajo académico realizado para el profesor Carlos Forcadell, catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Zaragoza. También este estudio se relaciona con lo expuesto en la primera parte de este prólogo, pues viene a identificar aquel acontecimiento con un proyecto de nacionalización, es decir, de creación de una memoria histórica colectiva a partir de la “epopeya nacional” de los Sitios, por parte de los dos sectores de la burguesía que pugnaron por ofrecer una versión nacionalista distinta, progresista y laica, el uno; y conservadora y católica, el otro.

La aportación arquitectónica de la Expo 2008 a Zaragoza es el objeto que, como contrapunto a los edificios de la de 1908, ofrece el joven arquitecto Juan Villarroya Gaudó en su análisis de las obras más señeras.

Más arte urbano, en el estudio de la pintura mural de edificios y calles zaragozanas desde 1975 que presenta M.^a Luisa Grau Tello en su trabajo sobre esta original manifestación artística a caballo entre la protesta, la reivindicación y la propuestas estéticas de la cultura urbana.

En la sección de **Documentos**, repite Juan Manuel Calvo Gascón, buen conocedor de la historia de Ejulve, para obsequiarnos con tres documentos del siglo XVIII que el ayuntamiento de esa localidad dirigió al juez de la Concordia (firmada treinta años antes por la corporación con sus censalistas). En ellos se pone de manifiesto la contraposición de intereses y la utilización de las cuentas municipales por parte de los representantes del clero en detrimento de los intereses de la villa y sus vecinos, la denuncia de irregularidades en la gestión, la necesidad de construir un pantano para aumentar la recaudación de los molinos harineros existentes y, por último, la queja del escribano de la villa nombrado por el juez por el intento de obstrucción en su gestión económica.

El profesor del IES Pablo Serrano Juan Carlos Ferreira Paesa comenta en su contexto histórico un aviso de la Alcaldía de Andorra en el que se da cuenta del inicio del proceso electoral y la lista de electores y elegibles que debían concurrir a las elecciones para la renovación de la mitad de los cargos municipales en 1844. Los nombres aparecen con sus cuotas de contribución, lo que permite reconocer a los sectores sociales más pudientes de Andorra a mediados del siglo XIX, los únicos que podían votar y ser elegibles con arreglo al sufragio censitario establecido por entonces.

En las **Notas**, Antonio Pizarro Losilla da cuenta del IX congreso Internacional sobre Patrimonio Geológico y Minero, celebrado en Andorra del 25 al 27 de septiembre pasado, y cuyas conclusiones se recogieron bajo el título de “Carta de Andorra”.

Las excavaciones del poblado ibérico de “El Cabo” en Andorra siguen dando sus frutos. Sus directores, los arqueólogos José Antonio Benavente Serrano y Fernando Jesús Galve Juan, informan de la segunda campaña, realizada en 2006, en la que resultaron menos hallazgos (dos túmulos funerarios) que en la primera, pero en la que se practicaron imprescindibles labores de protección y consolidación de todas las estructuras originales. La necrópolis de El Cabo de Andorra, que puede fecharse –como el poblado al que pertenece– a mediados del siglo V a. C., constituye un yacimiento de notable interés para el estudio y la investigación de los rituales funerarios de época ibérica en el área bajoaragonesa.

La *Revista de Andorra* número 8 se cierra con las habituales secciones de **Concursos** (de relatos y fotográficos) y con la **Crónica**, encomiable trabajo de recopilación de noticias acontecidas en la Comarca de Andorra-Sierra de Arcos, obra de las “hormiguitas” Pilar Sarto Fraj y Pilar Villarroya Bullido.

Como también viene siendo habitual desde nuestro nacimiento como publicación, la revista cuenta con la excepcional colaboración artística de Isidro Ferrer, autor de las ingeniosísimas portadas, y con Manuel Gracia Gascón, ahora haciendo las “américas” pero que no falla a su cita con su Andorra, que de manera tan personal ilustra los relatos del concurso “Juan Martín Sauras”.

* * *

Quiero finalmente pronunciar un “hola” y un “hasta siempre”.

Un “hola”, que es la bienvenida al consejo de redacción de la *Revista de Andorra* a tres nuevos componentes que, sin lugar a la menor duda, van a significar tres grandes aportaciones a la calidad y al prestigio de la publicación y del CELAN. Son Josefina Lerma Loscos quien, en realidad, ya venía ejerciendo esas funciones y parece innecesario presentar; el historiador Juan Manuel Calvo Gascón, residente en Cataluña, pero con casa en Ejulve; y Fernando Aínsa, escritor uruguayo de origen español y ciudadano del mundo, pero con una de sus residencias en Oliete, circunstancia que nos ha proporcionado la buena dicha de conocerle.

Un “hasta siempre”, que es la despedida a Fernando Palazón, quien falleció en la noche del 25 de enero pasado a los 67 años a consecuencia de una corta, pero dolorosa enfermedad. Fernando, gran investigador y divulgador del mundo de las setas, había publicado en el número anterior de esta revista *Las setas en la Comarca Andorra-Sierra de Arcos*, un estupendo trabajo con el que afortunadamente podemos contar gracias a su generosidad. Aragón ha perdido un gran micólogo y muchos, los que hemos tenido la suerte de conocerle, como yo en su muy querido Aragüés del Puerto, un amigo que vamos a echar en falta.

Javier Alquézar Penón
Director del CELAN